



**POSTAL  
GERUNDENSE**

## Entre el silencio y la voz

Por JORGE DALMAU

Cuando uno es todavía niño piensa que cuando sea mayor podrá con su dinero propio comprarse muchos soldados de plomo, pero al llegar a la edad deseada ya no agrada el juego de los soldaditos. Muy parecido ocurre con los tranvías en las ciudades; a todos nos hubiera gustado, de pequeños, tenerlos en Gerona. Pero, pensándolo bien, hay que reconocer que los tranvías son una plaga, por el ruido especialmente, algo así como un hiriente concierto de hierros, apreciación que en nuestros años cortos no hubiéramos sido capaces de hacerla, porque es cierto que el gusto por los ruidos va cam-

Cuando nuestra primera avenida era nuestro primer mercado, se nos metía el griterío en casa, culminando a mediodía, igual que el sol. El mercado fue desplazado después, pero ya había logrado hacerse carne de nuestra ciudad.

Los nómadas vendedores, constantes contra mil intemperies y escarchas, rodaron un día el remaje de su velamen y enraizaron en su Plaza Mercado. Por eso no fue extraño que a los árboles también les llegase la hora de la tala, a la farola del Puente el relevo, y al pavimento la renovación. Y a los hombres la evolución, por armonía con todo.

biando con la edad: he aquí un buen pulso para medir los años.

Si la infancia o la madurez de las personas implican una afición distinta por sonidos y ruidos, tal vez tendrá este mismo síntoma una ciudad, persona colectiva.

Hay dos momentos importantes para apreciar el crecimiento, en edad, de Gerona. Dos momentos sonoros.

El primero fue el traslado del mercado, de la Rambla y Platería, a su actual Plaza Mercado de Abastos. Quien no haya conocido aquellas calles en horas de mercado, singularmente en

sábado, podrá hacerse una ligera idea con la imaginación: de seis a siete de la mañana llegaban las vendedoras del «rest» dando las mismas voces que si estuvieran en la soledad de su alta montaña, las «paradas venían sobre escandalosas ruedas a colocarse en su puesto acostumbrado; se estaba organizando toda una ciudad provisional. Más tarde venían las compradoras, el regateo nunca se hace en voz baja. Transitar por Rambla y Platería se hacía difícil. Trabajar dentro de las casas, imposible. Si llovía, el mercado se apretujaba debajo de los porches. ¿Lo vais recordando? Mucho tipismo, pero tranquilidad nula en aquel barrio. Luego, a la hora de «desparar» las mesas, regresaban sobre las mismas ruedas —de hierro, claro— por el mismo desigual empedrado. Algo así, resumiendo, como un tranvía. Pero no nos dábamos cuenta. Eramos todos como unos niños. Vino luego la Plaza Mercado de nueva planta, que albergó en zona menos céntrica aquella especie de mayor espectáculo del mundo. «Ara la Rambla sembra un cementiri», se oía a cada paso. Lo que realmente ocurría era que la ciudad empezaba a huir de las estridencias. Crecía. Descontentos los hubo, pero ya se sabe: el Onyar también sólo hace ruido cuando crece.

Otro momento digno de señalarse —mucho más reciente— fue el traslado del recinto de Ferias de Jaime I a la Dehesa. Fresca casi está todavía la polémica popular ante la decisión municipal. El éxito de su primer año y el período transcurrido, que siempre pone serenidad, hacen reconocer que fue un paso necesario para sacudir el ruido imperante, burlador de ordenanzas, vecino no inscrito en ningún censo en las noches de ferias y fiestas de San Narciso. En la Dehesa siempre cabe y cabrá un poco más de algarabía, porque a los árboles el ruido no les estorba el crecimiento; a la ciudad, sí. Se nos quedaría en pueblo.

Pero es posible que, al manifestarnos contra estridencias y ruidos que turban, alguien suponga que queremos para Gerona un silencio sepulcral. Tampoco. Con todos los respetos, la calle de Alemanes —ya que hablamos de tumbas— vive de espaldas a todo, incluso al ruido de ciudad; eso sólo ya es un pecadillo social en este tiempo en que hay que compartir comunitariamente lo bueno y lo malo, en esa era en que el aislamiento podría ser lujo peligroso. (Que se rasguen sus vestiduras, si quieren, los doctores de la ley del quietismo gerundense, pero recordemos que, por seguir sus seculares

y desfocadas normas, se nos caían las murallas por la acción de la intemperie, se nos quedaban sucias las calles antiguas y se iluminaban con farolas amarillentas, escasas y encubridoras.)

Hay un abismo entre vivir en el arca silente de la Gerona viejísima y vivir junto a una carretera general o vía férrea dentro del casco urbano. Hay entre esos extremos el justo equilibrio que ha de buscar nuestra ciudad.

Somos partidarios de admitir todos aquellos ruidos que tiene una ciudad viva. Bien venidos sean tractores y hormigoneras en pie de guerra para ganar la paz de nuestras obras públicas; ved si no tiene el valor de una bienvenida ese pararnos unos minutos ante una brigada de obras, como pequeño homenaje a la maquinaria que turba el silencio por unos días. A nadie creemos disgustará escuchar cada día dos mil campanadas de relojes sonoros y otras tantas de toques graves unos, agudos otros, de conventos, asilos, voces altas de un monaguillo madrugador o de una trasnochadora religiosa de clausura. Y a todos nos gusta, la buscamos, la salida del fútbol, su riada humana, su prisa; como necesitamos también el atronador paso de los soldados, con la banda tocando «Los voluntarios», después de una procesión de Corpus; y la salida de doscientos niños de una escuela; y... Y tantos otros ruidos familiares que tal vez no sabría cada cual enumerar, pero si un día faltasen acusaríamos su ausencia en seguida. Algo así como si en un sábado determinado faltase en cualquier cruce de nuestras calles el clásico embotellamiento de circulación con su impaciencia de señales acústicas, concierto ya entrañablemente gerundense.

Tienen algo de común esos ruidos que nos hacen ser ciudad de Gerona. Son todos como una piedra tirada al estanque de aguas tranquilas; hay una ondulación más o menos vigorosa, pero en seguida se aquietan. O, si queréis, como la llegada de un tren, de noche, en la estación: se encienden las farolas de los andenes sólo minutos antes; luego hay agitación, campana, gente, la llegada, carbonilla, un pito; nos vamos, y otra vez la estación casi solitaria.

Quien quiera sentarse a la orilla de Gerona y contemplarla bien, tendrá que hacer en ella sólo las ondas del estanque tirándole una piedra, un piropo, algo. Removiendo con gracia. Por frío que estuviese el aire —nosotros—, nunca podría quedar helada la superficie del estanque, la cara de nuestra ciudad.